



Buenos Aires, octubre de 2017

Circular N° 574

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos en esta oportunidad un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Gerardo Zanotti.

“Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo.”

(Salmos 27: 4)

Este vínculo con Dios lo tenemos que ver. Hay una frase popular que dice que “el árbol no nos tape el bosque”. A veces esto pasa en nuestra vida, en nuestra familia y también puede pasar en nuestro vínculo con Dios. Vemos nada más que lo que tenemos delante. Pero el Espíritu de Dios, que nuestro Señor Jesucristo dijo que iba a traer de lo de Él y nos lo iba a hacer saber, nos acerca siempre una perspectiva completa para que nosotros nos podamos ver en el plan de redención. En algunas ciudades, hay planos en las plazas o en una esquina, donde están dibujadas las calles y una flecha que indica: “Usted está aquí”. A partir de saber dónde uno está, puede sacar relaciones, distancias, vínculos; cuánto se tarda uno en llegar a un lado u otro. Es bueno que la palabra de Dios siempre sea como esa flechita que nos indica “usted está aquí”. Porque entonces podemos sacar relaciones, vínculos y distancias, podemos sacar tiempos y vernos nosotros en ese plano, darnos cuenta de que estamos aquí. Porque la palabra de Dios no es para que la tomemos y la vayamos repitiendo de memoria. Se trata de incorporarla, hacerla propia, de uno y después, a partir de esa palabra, poder sacar relaciones y vincular nuestra alma con la palabra y con la palabra de Dios. Por eso siempre pedimos la comunión para poder entender y sentir una misma cosa. Dios coloca de su palabra, de su gracia y de su misericordia, pero después quiere que cada uno de nosotros podamos crecer en ese reconocimiento. Esto es un desarrollo que se produce a partir de la comunión.

En el antiguo pacto el templo era reconocido como la residencia de Dios. La historia está escrita en la Biblia; y aquí quisiera mencionar algo que siempre decía el Apóstol de Distrito Passuni: en la Biblia está escrito lo que el hombre sintió. Lo que el hombre sintió en su vínculo con Dios está expresado allí. Entonces cuando leemos la Escritura o cuando nos enteramos de lo que dice, no tenemos que hacerlo como si nos estuviéramos informando o enterando acerca de lo que vivió David, de lo que vivió Saúl, Moisés, Abraham, sino que estas personas somos nosotros. Lo primero que tenemos que llegar a concluir es qué habríamos hecho nosotros bajo esas mismas circunstancias. Que no son circunstancias pasadas. Porque muchas veces, en otra geografía y en otro tiempo, pasamos por las mismas situaciones por las que pasaron aquellas personas cuyos nombres están en las Escrituras, a partir del vínculo que establecieron con Dios. Entonces decíamos que en el

Iglesia Nueva Apostólica Sud América

Santiago del Estero 1568
C1136ABH Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: 005411 4363-9400 / Fax: 005411 4363-9441
www.inasud.org



tiempo del antiguo pacto, el templo era donde habitaba Dios. Dios estaba dentro del templo. Por eso la magnificencia del templo de Salomón, construido con madera que no se deterioraba, con oro, con piedras preciosas. En términos actuales diríamos que fue financiado con fondos públicos. Y era en honor a Dios, porque allí habitaba. Luego cuando los judíos salen de la esclavitud de Babilonia, el templo había sido destruido. Había sido destruido el lugar donde habitaba Dios.

Dios levanta a un pueblo que se convierte en enemigo de los babilonios. Como el rey que tenía esclavizados a los judíos, no podía ya mantenerlos y a su vez afrontar la guerra, entonces los libera. Eso para que también vinculemos que a veces pasa una cosa en otro lado e indirectamente nos beneficia. El pueblo vuelve a Jerusalén. Esto está escrito en el libro de Isaías. Y en la última parte se habla de que vuelven a Israel para construir otro templo, para que el Señor estuviera ahí. Pero ahora el templo lo tenían que construir ellos, no tenía para nada la magnificencia del primero. Se construía con las ofrendas y con el trabajo de esos hombres que habían salido de la esclavitud. Entonces también para vincularnos con el hoy, dice la Escritura que en una mano tenían la pala para trabajar y en la otra la espada para defenderse. Del mismo modo tenemos que hacer nosotros: con una mano trabajamos y con la otra oramos.

En el nuevo pacto, cuando vino nuestro Señor Jesucristo, dijo que la ley estaba ahora escrita en nuestras entrañas. Y dijo también: Ahora vosotros sois templo de Dios (comparar con 1 Co 3: 16-17). Entonces todo cambia. Cambia absolutamente; cambia el eje, cambia el centro. Es como si pusiéramos la punta del compás en otro lugar y ahora hiciéramos un dibujo a partir de ese centro: es otra cosa, no es el que estaba antes. Porque ahora dice que vosotros sois templo de Dios. A través de la mano de un Apóstol el Señor coloca el don del Espíritu Santo para que, como dijimos antes, traiga de lo que es de Dios y nos lo haga saber. A cada uno de nosotros.

Reconocemos que Dios es omnipresente, está en todos lados. Pero, ¿qué pasa durante un Servicio Divino? Nos encontramos con Él.

En este mismo capítulo de Salmos, en el versículo 8 dice:

“Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová”

Entonces esta también es una gracia. Dice en la Escritura que Dios será hallado por aquellos que le buscan. Dios no tiene restricciones, se deja hallar por aquellos que lo buscan, no importa quién sea. Porque nuestro Señor Jesucristo vino a hablarles y a buscar el corazón de todos los hombres, a mostrar a partir del Evangelio cómo es Dios. Porque estaba un poco “encapsulado”, apresado en la ley. Por eso Dios dice: el mandamiento dice que “no matarás”, pero yo te digo que no solamente tenés que matar sino que tampoco tenés que estar enemistado con tu hermano.

Dios es trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. A veces se manifiesta uno, a veces otro, pero siempre son los tres. Y nuestro Señor Jesucristo vino en aquella época y por la palabra que es despertada hoy por el Espíritu Santo nos viene a explicar cómo es Dios. Porque no queremos hacer un Dios “a nuestra medida”, un Dios que haga lo que nosotros queremos que haga, que juzgue lo que nosotros queremos juzgar, que tenga el parecer que nosotros queremos tener. Dios es Dios, no tiene cambio. Es el Alpha y el Omega, el principio y el fin. Muchas veces el hombre encerró a Dios, dijo: “Dios es esto”. Y lo puso tan cerrado, tan estructurado, tan rígido, que era muy difícil de cumplir la ley. Entonces se modificaba para que se pudiera cumplir. Hay tantos ejemplos.

Cuando venimos a la iglesia, pasan cosas; la primera: Dios nos recuerda que quiere salvarnos. ¿Será que nos lo recuerda porque a veces nos olvidamos? También forma parte



de nuestra convicción, de la doctrina, que venimos a escuchar la palabra de Dios. Y forma parte de ese conocimiento que la fe viene por el oír de la palabra. Quiere decir que la fe se construye cuando escuchamos la palabra. Y si no la escuchamos, pues entonces no se puede construir la fe. Para entender esto no necesitamos otra cosa que sentido común. Y si no puedo construir la fe tengo problemas, porque dice la Escritura que el justo vivirá por fe y que sin fe es imposible agradar a Dios. Entonces la fe es importante y es necesario venir a la Iglesia para ir construyendo esa fe en nuestro corazón. Es un camino que cada uno de nosotros tiene que transitar. Ninguno está salvado, el Apóstol tampoco está salvado. Todos necesitamos venir a escuchar la palabra. Una palabra que nos sorprende, que nos conmueve.

Dios nunca está desprevenido. A Dios nunca lo podemos sorprender. Nunca se sorprende con las cosas que nos pasan. Tampoco se sorprende con las cosas que hacemos. Porque nos conoce. Por eso nos habla antes. Pero entonces, cuando nos pasan cosas que a veces no son del todo agradables, entonces no digamos que Dios se olvidó de nosotros, que estaba mirando para el otro lado. Dios no es una farmacia que hoy no está de turno. Dios nunca está desprevenido. Siempre está ahí, escuchando, mirando. Porque es omnisciente. Y acá, en su casa, tenemos un encuentro con Él. Acá podemos venir y traer el alma, dejarla a los pies del altar, sin temor a que otro se lleve nuestra alma al salir. Cada uno se va a llevar la que trajo. En esa alma están contenidos los sentimientos, los amores, las emociones, los fracasos, las victorias. Y a veces uno no quiere entregar todo. Le sacamos algunas cosas al alma, porque pensamos: ¿a ver si alguno me las saca? A ver si alguno me cambia el alma, me cambia algún sentimiento. Entonces venimos, colocamos el alma a los pies del altar pero el dolor y la tristeza, no, esos me los tengo reservados para mí. O la alegría: no, esa no la pongo. Cuando ponemos el alma a los pies del altar, ponemos todo, porque queremos que el amado Dios lo vea, porque sobre ese todo Él colocará su bendición.

Luego, el sacrificio de Jesús se hace en el Servicio Divino plenamente valedero. No es necesario que nos repitan algunas cosas pero sí que profundicemos en el conocimiento. El Apóstol de Distrito Batista decía que, a veces, cuando venimos a la casa del Padre, nos arrepentimos, oramos el Padre Nuestro, recibimos el perdón de los pecados y la comunión con Cristo, el corazón sigue reprochando. Y creo que no debe haber peor cosa en un corazón que cuando te reprocha: todo el mundo te perdonó, está el sacrificio de Jesús, está todo bien; pero uno es el que no está bien. Porque uno dice: cómo pude hacer esto, cómo me pudo pasar esto. A veces nos reprochamos por las oportunidades perdidas, por los silencios, por las palabras que no dijimos, o por las que sí dijimos, porque las palabras son como una flecha tirada al viento, cuando la dijimos ya salió... El Apóstol de Distrito (Batista) entonces dijo: Si tu corazón te reprocha, yo (Dios) soy más que tu corazón. Cuando lo escuché, pensé: ¿cómo puede ser que Dios me conozca tanto? Al encuentro con la palabra venimos con necesidades, con cosas en el corazón. Y luego desde el altar es dicha una palabra y algo pasa. Podemos sentir que es para nosotros. Entonces decimos: ¡hice bien en quedarme!

Cuando recibimos el don del Espíritu Santo, a través de Él Dios establece un vínculo con nosotros. Y venimos a su casa a tener un encuentro con Él y su palabra. También venimos para que el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo sea válido para nosotros. Jesús dijo: el que no come mi carne ni bebe mi sangre, no tendrá parte conmigo. Dios está lleno de misericordia, es puro amor; pero no tiene grises. Dios no es más o menos. En el proceso de que seamos una cosa o la otra, Él utiliza la gracia, pero no podemos ir por voluntad propia delante suyo con las cosas a medio terminar. Distinto es cuando no las podemos terminar.



Porque Dios nos conoce. Y nos habla a cada uno personalmente. Venimos para participar de la Santa Cena y la comunión con Cristo. No hay más o menos en esto. La Iglesia es el templo de Dios edificado sobre el fundamento de los Apóstoles, de los profetas, donde Jesucristo es la piedra angular. Es decir, la piedra fundacional sobre la cual se construía cualquier edificación. Entonces cuando queremos saber cómo son las cosas, tenemos a Jesucristo. No busquemos ejemplos en los hombres, porque los hombres nos equivocamos. Busquemos el ejemplo en Jesucristo. Jesús vino a reglamentar la ley, Él nos dice cómo es Dios.

Por eso dice: Si traes tu ofrenda delante del altar y estás enemistado con tu hermano, déjala, reconcílate con tu hermano y después tráela (comparar con Mt 5:23-24). La mejor ofrenda que podemos traer es ir a buscar primero la reconciliación. Jesús puso la vara alta porque cuando lo estaban crucificando dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 23:34). ¿Alguno puede tener más misericordia que Jesús? Entonces miremos qué cosas son importantes para Dios.

La batalla de la fe es incorporar esas cosas ahora. Es esencial la comunión. Porque una cosa somos nosotros en nuestro vínculo con Dios y otra es la comunión. Jesús dijo: Yo y el Padre uno somos (Jn 10:30). En la oración pontifical, Jesús ruega: Padre, guárdalos, porque ellos creyeron que tú me enviaste (comparar con Jn 17:7-9). Y allí pide también: que puedan ser una sola cosa como nosotros somos (versículos 21 y 22). A veces a nosotros nos cuesta ser una sola cosa. Entonces al amado Dios le demandamos que nos ayude a superar las diferencias. Porque a veces tenemos diferencias, pero, es como los platillos de una balanza: en uno ponemos nuestras diferencias y en el otro nuestro acceso hacia la patria celestial. ¿Qué pesa más?
